



CAPÍTULO XI

AQUELLA noche tuvo mal sueño Lola; cualquier muchacha, en su caso, sin dar maldita la importancia al lance, puesto que ella no quería á Demetrio y se proponía rechazar sus pretensiones, hubiera cogido su carta, devolviéndosela bonitamente sin abrir, y en la compañía de cuatro letras, enviándole el par de calabazas más hermoso que recibió mortal nacido. Pero Lola no era capaz de semejante resolución, y mucho menos tratándose de un amigo de su familia. ¡En buen compromiso la había puesto el tal comerciantel...

A la siguiente mañana, en cuanto acabó la limpieza y antes de ponerse á

coser, se bajó Lola á consultar el caso con su amiga Luisa López, la vecina del segundo de la izquierda. Era esta muchacha hija única de un alto empleado del Municipio, muy semejante en gustos é inclinaciones á Lola; ambas habían simpatizado desde que se conocieron, y aumentando con el trato su cariño, concluyeron por quererse con la confianza ciega de la juventud. Unida por tales lazos á Lola, y siendo la base de su amistad sus afinidades de carácter, era natural que no hiciese Luisa muy buenas migas con doña Felipa y Juanita, reverso de la medalla de Lola. Y como las antipatías son recíprocas, madre é hija no miraban á su vez con mejores ojos á Luisa López, originándose de aquí una gran frialdad de relaciones y el trato estrictamente necesario para guardar la armonía debida entre vecinos. Esto, sin embargo, no rezaba con Lola; la misma Luisa López le había dicho:—Tú baja y sube cuanto te plazca, pero no extrañes que yo no te pague tus visitas, por las razones que puedes comprender.

Lola *cogió* á Luisa López bordando cuidadosamente en cañamazo unas zapatillas y en ocasión en que no estaba en casa la madre de Luisa. En cuanto Lola entró en el gabinete advirtió su amiga el aire preocupado que traía.

—¡Alguna cosa mala vienes á decirme!—exclamó Luisa López adelantándose á Lola.

—¡Y tan mala!...—repuso ésta sentándose en un sofá.

—¿Has reñido con Miguelito Cruz?

Lola miró á su vecina con unos ojos cándidos, tan llenos de horror, que Luisa López no necesitó la respuesta; se echó, pues, á reir ante aquellas pupilas asustadas, y siguió:

—¡Bueno!... ¡Me alegro!... ¿Entonces qué demonios te pasa?

Lola tardó un poco en contestar, y luego juntando las manos y enlazando los dedos, respondió con un acento de pesar infinito:

—¡Que se me ha declarado el comerciante, mujer!...

Luisa López soltó una carcajada con toda la boca y se le llenó el rostro de risa, desparramándosele por sus fac-

ciones la hilaridad como esos golpes de ventisca que el viento esparce en polvo de agua. Lola la dejó que se desahogase y dijo luego con enfado:

—¡Pues á mí maldita la gracia que me hace!...

Luisa López se reportó algo y ya más serena le preguntó á su amiga.

—Cuenta, cuenta ¿cómo fué la cosa? ¿Cuándo se declaró?

—¡Ayer! y Lola refirió el lance á Luisa López, que no pudo permanecer seria y la soltó de nuevo. Pero al ver que realmente se apenaba Lola, diciéndole con gran perplejidad: ¿Y qué hago yo ahora con la carta?—exclamó Luisa López formalizándose:

—Tú no le quieres, ¿verdad?

—¡Digo!...

—¡Bueno!... ¡Pues coges la carta sin abrirla, la metes bajo un sobre y se la envías á su casa!...

—¡Es claro!... ¡Eso sería lo mejor!... ¡Pero me parece tan fuerte el desaire!...

—¡Entonces!... ¡No le contestes!... ¡La callada por respuesta y como si nada hubiera pasado!...

—¡No me disgusta esa idea!...

—Pero has de procurar que no te sorprenda con otra!...

—¡Cá!... ¡Yo te respondo de que una segunda carta no es á mí á quien se la entrega!...

Luisa López había vuelto á su labor; de pronto preguntó:

—¿Qué tal Miguelito Cruz?... ¿Le va entrando á tu madre?...

—¡Mujer, estoy muy disgustada!— repuso Lola.—¡Yo que soy enemiga de los escándalos y de la lucha!... ¡Cree-rás que mamá no ve por otros ojos que por los de Demetriol!...

—¡Me lo suponía!...

—¿Por qué?...

—¡Qué se yo!... ¡Como ya tiene su posición hecha, y no mala posición, por cierto!... ¡No creo yo que tu madre sea capaz de soportar unas relaciones largas!...

Lola no contestó; tal vez pensaba en lo mismo que su amiga. Luisa López suspendió el bordado y levantándose y sacando un manojó de llaves del bolsillo, dijo abriendo el cajón de arriba de una cómoda:

—¡Voy á enseñarte el esenciero

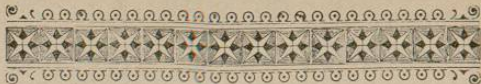
que he comprado para tu hermana!...

Lo sacó; figuraba una cubeta de vino llevada en un carretón dorado por un chicuelo de porcelana. ¡Precioso!...— exclamó Lola admirando de todas veras el obsequio —¡Como escogido por tí!... Luisa López se sonrió contestando con dulzura: ¡Aduladora!... En esto dió un reloj las diez de la mañana y al oír la hora, dijo la niña con acento asustado:

—¡Jesús, que tarde!... ¡Y yo me estoy aquí hecha una tonta teniendo tanto que hacer!... ¡Adiós, adiós!...

Y se fué á su casa.





CAPÍTULO XII



MANECIÓ el día de la boda. El comandante tenía ya su pasaporte en el bolsillo y preparado todo para la marcha; convínose, pues, en que se casarían á las nueve, almorzarían á las doce en La Perla, y á las cuatro partirían á la estación á tomar el expreso que había de conducirles á Santander, donde embarcarían con rumbo á Cuba, después de veinticuatro horas de descanso.

La tarde anterior se empleó entera en perjeñar el equipaje, de cuya faena

se encargaron Juanita y Lola, ó en puridad, Lola y Juanita, pues la primera, "que no servía para el piano", según su madre, dábase gran maña para los asuntos caseros, y ella, sin dejarse aturdir por el aluvión de ropa que su hermana le iba poniendo á su alcance sobre la cómoda, en los respaldos y asientos de las sillas, hasta en el suelo, cogía las prendas, las doblaba cuidadosamente y combinaba los bultos en las profundidades de los mundos, de suerte que cupiese todo. Juanita se reconocía incapaz de semejante arreglo y se concretaba á traerle á Lola los trajes, á sostener la tapa del cofre para que no le cayera encima, mientras la niña, encorvada sobre el borde del baúl, apisonaba con todas sus fuerzas paquetes y envoltorios á fin de encajar las bandejas. Doña Felipa no metía baza en la operación, escarmentada ya de Lola, que con "su genio insoportable se incomodaba por nada." Como los novios se trasladaban á un clima cálido, toda la ropa que Juanita se había hecho era de verano, y fué más fácil acondicionarla; los regalos de boda

y otras chucherías se guardaron en la maleta; entre ellos iba el esenciero de Luisa López, que á doña Felipa se le antojó pobre, pero en cambio de mal gusto. Por el contrario, el corte de vestido con que Demetrio obsequió á Lola le pareció á su madre digno de "una emperatriz." Cuando el comandante llegó por la noche, estaba el equipaje concluído, y sólo restaba por cerrar uno de los mundos, al que no podría echarse la llave hasta el día siguiente de que Juanita se quitara el vestido de ceremonia.

A medida que se aproximaba el momento de trasladarse á la iglesia, crecía la preocupación de la novia, y á lo mejor se le obscurecía el semblante y se le advertían esos mordisqueos de labios de que se vale la voluntad para ahogar las lágrimas dentro de los ojos. Por muy superficial y ligera que fuese, no se le ocultaba á Juanita la trascendencia de su decisión; aquel paso del matrimonio, sin retirada posible, que vale tanto como encerrarse en un cuarto y tirar después la llave por la ventana, y aquel viaje á tan luengas

tierras, le encogían el ánimo con ese aliento de sima que exhala lo desconocido, y necesitaba ver al lado al comandante, para atreverse á mirar impávida á la negrura del porvenir, buscando las palabras de su novio á la manera que el pájaro busca el sol huyendo de las brumas. Otro tanto le acontecía á Lola, que según moría la mañana sentíase sin el valor con que creía contar en los instantes de prueba; la flaca naturaleza se declaraba vencida y cada vez que atisbaba á su hermana veíase en un apuro para no soltar el llanto y no perder su serenidad aparente. Sin embargo, otra causa entristecía también el corazón de Lola, la que Juanita, en su aturdimiento, no notaba: la conducta de su madre.

Doña Felipa, enjutos los ojos y enteramente despejado el semblante, sin que se lo nublara la cerrazón de ningún pesar, habíase levantado temprano, saludó á sus hijas como de costumbre, con un beso al aire, pero pegando los carrillos, y con el aplomo del que se halla hueco por dentro y no siente, se ocupó de varias fruslerías,

del brazalete, de si pegará esto, de si parecerá ridículo lo otro, y luego, dejando á Lola y á su amiga la del segundo que vistieran y peinaran á Juanita, sin pretender ocultar la alegría que le burbujeaba en el pecho, riendo sin motivo, por cualquier cosa, más chirigotera y locuaz que nunca, empezó á ocuparse de su atavío "para no hacerse esperar"; diríase que ella era la novia y manifestaba una impaciencia que ni la misma Juanita descubriría. Nadie hubiera sospechado ante el júbilo de aquella mujer, tan impropio de sus años de otoño, en cuya época de la vida comienza á adquirir el espíritu la majestad de las cosas augustas y venerables; nadie hubiera sospechado que pocas horas después habría de quedarse, quizás para siempre, sin una hija de quien la separarían en lo futuro los dos abismos sin orillas de la distancia y del tiempo. Semejante calma era horrible en tales instantes; Lola lo comprendía así, y más de cuatro veces estuvo tentada de decirla:—¡Pero, mamá, por Dios!... ¿Cómo es posible que marchándose

Juana tan lejos estés tan tranquila y tan conforme?...—No le hizo ninguna advertencia, sin embargo, por no agriar las cosas y provocar tempestades. Y luego ¿para qué? Tanto montaba dirigirle la palabra al vacío. ¿Pero era posible?... ¿Aquella madre no tenía lágrimas, no tenía suspiros, no le quedaban recuerdos de la cuna?... Cuando un árbol cae al suelo todo el bosque tiembla y se extremece; doña Felipa dejaba partir á su hija, impassible, con el reposo de la piedra. ¡Qué espanto son las almas sin el sublime amor del nido!...

No hubo, por tanto, amonestación de madre á hija, ni conferencia cariñosa sobre los deberes de la mujer casada. A las nueve menos minutos, don Manuel que se había brindado á ser padrino, doña Felipa, Juanita y Lola, se aposentaron en una carretela de alquiler pero sin número y se encaminaron á la parroquia; Luisa López á quien de cumplido invitó doña Felipa, excusó su asistencia al acto, comprendiendo que se trataba de una mera fórmula.

Pepe León, de uniforme, acompañado de un amigo y colega del ejército y del buen Demetrio, los cuales le habían servido de testigos, esperaba á su prometida en la iglesia. Los novios desposáronse y se velaron en una capillita del templo y terminada la ceremonia, de vuelta en la sacristía, Lola no pudo contener el llanto que se le agolpaba á los ojos con la fuerza del agua en la compuerta de la esclusa; Juanita que necesitaba poco y que ya sentía en los suyos las primeras gotas de otro aguacero de lágrimas, no trató de contenerlas y las dos hermanas se abrazaron en silencio. Doña Felipa oprimió también contra su pecho á la recién casada, y entera, impasible, sin mostrarse conmovida, mirando al cura y queriéndola echar de fuerte, dijo con acento de extrañeza: ¡Ave María!... Pero ¿por qué lloráis de ese modo?... ¡Pues ni que se fuera á morir Juanita!... Luego abrazó á su yerno exclamando regocijada y rabiando por soltar un equívoco: ¡Aprieta!... ¡Tu mujer no se incomoda!... D. Manuel, algo avergonzado y corrido, se dis-

traía adrede viendo con afectado interés una casulla, y el amigo de Pepe León contemplaba la escena con aire de socarronería, tal vez pensando para sus adentros en lo que tenía de garañón la suegra de su amigo. Firmóse la partida de matrimonio, y se encaminaron á la fonda; al salir, una murga que les esperaba en la puerta de la iglesia, disparóles de pronto los primeros compases de un vals; don Manuel les dió un par de pesetas para que callaran y tomaron los coches, adelantándose doña Felipa que subió la primera, como si le corriera prisa.

Lola, y sobre todo Juanita parecían desganadas; ésta apenas probó bocado, y lo poco que almorzó lo hizo á remolque y en fuerza de súplicas y de consejos de su marido. En cambio doña Felipa no se paró en menudencias; atascó á dos carrillos, repitió de algún plato, empinó el codo y sin soltar de la boca el chiste y la risa continuas, propúsole á su yerno "que echara un brindis." El comandante que le había dado una regular embestida á las bote-

llas, se levantó copa en mano y brindó galantemente por las suegras de "buena sombra" obteniendo de doña Felipa otra explosión de hilaridad ruidosísima. Don Manuel, un poco amostazado; clavaba en su hermana los ojos con cierta fijeza que ella no entendía; el amigo del comandante por falta de confianza, Demetrio por temperamento y el nuevo matrimonio y Lola por la parte de protagonistas que allí desempeñaban, comían con gravedad, satisfechos pero apacibles y sin estar melancólicos, y sin dejar de cruzarse de banda á banda frases y dichos, algo de tristeza revolaba en el aire tocando con su ala invisible á todos los asistentes al nupcial almuerzo. Sólo la algazara de doña Felipa contrastaba con la medida de los demás, resultando más bulliciosa en aquel fondo de sombra de la mesa.

El tren partía á las cuatro y media; las horas se les habían ido volando, sin sentir, y apenas tuvieron tiempo de regresar á casa, vestirse la ropa de camino, guardar la de etiqueta y enviar por delante los baules con dos mozos de cordel; los coches estaban

contratados para todo el día; el amigo militar y Demetrio despidieron á los novios en su mismo domicilio, y acondicionándose los cinco en una sola carretela, partieron á la estación. En el andén se reprodujo el llanto de las dos hermanas; entonces doña Felipa creyó prudente también hacer una mueca con honores de puchero, poniendo una cara muy afligida; don Manuel se conmovió al despedir á sus sobrinos más de lo que él se calculaba, y, por último, arrancó el tren, llevándose á los novios, sin que se le ocurriera á aquella madre preguntar con el corazón á lo desconocido qué suerte le tenía reservada á su hija sombra adentro de lo futuro.





CAPÍTULO XIII

EL amor tiene estómago de niño; es insaciable y siempre pide más. Al principio se contentaba Miguelito Cruz con cualquier cosa, con una flor que Lola hubiese llevado en el pecho, con poseer un pañuelo suyo, con recibir sus cartas llenas de latidos y de gurrapatos. ¡Nada más feliz que besarse con los ojos y hablarse con los dedos! Después se le antojó tonto eso de pasarse horas y horas en el Viaducto, vecino á las nubes, como un gurriato sin nido y sin

árbol, para ver á su novia á veinte metros de distancia, sin poderla estrechar una mano ni serle dado oír el silbo leve de sus palabras, más dulce que las palabras mismas. El frío no le había hecho mella nunca, ni le importó jamás el viento un adarme; luego se dijo que debía lindar la calle de Bailén con la Siberia, y le pareció insoportable el huracán que soplaba á menudo por tales alturas. Entonces comenzó á escribir á Lola sus cuitas pintándole sus ansias por acercársele, su sed de *beberle el aliento*, su hambre de oírle declarar la adoración que por él sentía, muy bajito, de labio á oreja, de cara á cara; ella le contestó manifestándole idénticos deseos y lamentando la imposibilidad de realizarlos por lo mismo que eran para los dos la plenitud de la dicha.

Un medio había de aproximarse: hablar Miguelito Cruz á doña Felipa, formalizar sus relaciones y pedirle permiso para entrar en su casa á charlar con la novia, medio muy del gusto del corazón que se pasa de honradote en la aurora de la juventud y execrado

por la fantasía que siempre ha tenido algo de libertina y calavera. Ciertó; la verdadera poesía del amor es lo misterioso, lo oculto, el tapadillo, la reja, la serenata, la cita á deshora, el beso en la obscuridad, el abrazo por entre los barrotes, el pudor de Psiquis vencido por los labios de fuego de Sileno; pero nada de esto era posible en aquel balcón, que desde los escalones de la bajada á la calle de Segovia parecía colgado de una nube y desde la barandilla del Viaducto semejaba estar suspendido en el aire, y para llegar al cual se necesitaban por lo menos el par de alas de cualquier gorrión. Miguelito Cruz sentía además un escrúpulo, nacido de su conciencia recta; creía, y no creía mal, demasiado pronto el tener con la madre de Lola una conferencia de tamaña impertancia. ¿Qué iba á prometer él cuando aún no le había echado la sonda á su porvenir ni sabía nada, más allá de las brumas que envuelven lo futuro para todos los jóvenes que empiezan? Que era un estudiante de segundo de Romano, con muchas ilusiones y que

quería entrañablemente á su hija, con la cual se casaría, sabe Dios cuando. ¡Valiente embajada para las orejas de doña Felipa!... ¡Imposible!... De sobra conocía Miguelito Cruz á su presunta suegra, á pesar de no haberla tratado. ¿Qué hacer, pues!... ¡Nada!... Esperar... ¡A lo azul sólo se llega esperando y creyendo!...

Ocho meses eternos llevaban Lola y Miguelito Cruz sin hablarse desde que doña Felipa le privó de su rinconcejo de la tertulia. En vano el estudiante se quebraba los sesos buscando el modo de aproximarse á su novia: dos únicas soluciones había encontrado como consecuencia de sus cavilaciones y las dos fueron rechazadas por Lola, que no se atrevió á aceptarlas por miedo á su madre. Una vez le propuso Miguelito Cruz á la niña que saliera con la criada, aprovechando cuantos pretextos le proporcionase la casualidad, por la mañana podía ir á la compra, verbi gracia; ya tenía á mano un achaque. El la esperaba en un sitio determinado, y de esta suerte charlarían en la calle. ¡Imposible!...

En primer lugar, ella no salía sola nunca con la chica, y sobre no permitir que le acompañara á ningún lado la sirvienta, extrañaría doña Felipa tan repentinas aficiones, cabalmente en Lola, que era en extremo recatada. Entonces su madre, que vivía muy alerta, no dejaría de figurarse la verdad del caso, la acecharía, ¡quién sabe!... ¡Estas cosas no pueden permanecer ocultas mucho tiempo!... Se descubriría todo y no habrían ganado sino hablarse media docena de veces, perdiendo probablemente la libertad relativa de que gozaban, en virtud de no acompañar Lola á su madre en sus visitas, y con la cual tenían la mayor parte de las tardes sus dos ó tres horas de balcón y Viaducto. Luego le repugnaba un poco á la muchacha eso de que la vieran como una modistilla de palique con un hombre.

El segundo medio era más peligroso, pero menos público. Se reducía á charlar por el ventanillo de la puerta cuando doña Felipa no estuviera en casa; aquí se requería comprar la aquiescencia y el silencio de los porte-

ros, cosa fácil mediante una buena propina; eso corría de cuenta de Miguelito; él pasaría por el Viaducto á la hora acostumbrada; si doña Felipa proyectaba salir, colgaría Lola en la barandilla del balcón un trapo blanco; esta señal no podía excitar las sospechas de nadie, y evitaría una equivocación terrible cuando hubiera tendida ropa á secar; entonces dejaría Miguelito Cruz el Viaducto y acecharía el portal del edificio para no perder tiempo y subir en cuanto doña Felipa volviese la esquina; de no haber trapo en la barandilla, significaría que la buena señora no callejeaba aquella tarde. Semejante proyecto le pareció á Lola más irrealizable aún que el otro. La vecindad se enteraría á escape, comenzarían los chismes y los cuentos, no faltaría quien los delatase, eso sin contar con lo fácil, lo casi seguro de ser sorprendidos... ¡Jesús!... ¡No quería ni pensarlo!... Pero Miguelito Cruz se mantuvo firme; escribióla que no existía semejante peligro; en cuanto sintiese subir gente echaría escalera arriba, y como el piso de Lola era tercero

y las buhardillas traseras é inhabitables, nadie le vería, y doña Felipa entraría en su casa sin sospechar la presencia de Miguelito Cruz en el último tramo. Todo estaba muy bien dispuesto, pero la idea de que les sorprendiesen le producía á Lola verdadero pánico, y aunque el corazón le dictaba una respuesta afirmativa cuando se ponía á escribir, no se atrevía á acceder á las pretensiones de su novio y muchas veces tuvo que tachar un *sí* que la pluma estampó en el papel sin permiso de nadie.

La boda de Juanita produjo en Miguelito Cruz un miedo terrible de que sus proyectos naufragasen. Nada más natural que faltando una hermana acompañase la otra á su madre ó suprimiera ésta sus cabildeos y sus visitas. Miguelito Cruz sabía su influencia sobre Lola y no desconfiaba de que consintiera en hablar por el ventanillo. Sus temores se confirmaron á medias; Juanita se ausentó para siempre; doña Felipa se hizo por necesidad menos callejera y aunque siempre que podía se llevaba á remolque á su hija,

tuvo que acostumbrarse á salir sola á sus compras la mayor parte de las veces, porque alguien había de cuidar del arreglo de la casa.

Miguelito Cruz sabía lo que esperaba. Lola no pudo resistir mucho tiempo el deseo de hablar con su novio, que le abrasaba también el corazón con el hálito ardiente de todas las cosas contenidas. Cuando le llega al alma su Abril no hay manera de refrenar sus latidos, como no hay modo de sujetar la sávia en el árbol, en seguida que se siente acariciada por el primer arrullo de la primavera. Un día recibió al fin Miguelito Cruz la anhelada carta en que Lola accedía á franquear la verja del ventanillo á sus palabras amorosas; la noticia produjo al estudiante una alegría inmensa; á la tarde siguiente, trémulo de emoción y abriendo unos ojos enormes, llegó el mozo al Viaducto; en la misma entrada se paró un momento, queriendo atisbar desde allí si se distinguía algo blanco en el balcón de Lola confundido entre los demás, en la hilera de hierros que la distancia fingía formando una sola ba-

randilla. ¡Dios mío!... Acaso era sólo vana imagen, nacida de esos reflejos de que nos llena los ojos la felicidad, pero á Miguelito Cruz se le antojó que veía colgandero un trapo blanco. ¡La señal convenida!... ¡No cabía duda!... El mozo se plantó en cuatro saltos frente á la casa de su novia, miró ansiosamente y... ¡sí!... ¡sí!... doña Felipa salía, el trapo blanco colgaba en el balcón, sin que nadie pudiera sospecharse que aquel pedazo de lienzo era al presente un símbolo de ventura; entonces Miguelito Cruz se bajó á la escalinata del jardín y se puso á acechar el portal de la casa de Lola. A poco salió doña Felipa y despaciosamente, balanceándose, con su andar tardo y pesado se alejó cuesta arriba y se perdió por la calle de la Morería, desapareciendo detrás del esquinazo de su embocadura. Miguelito Cruz, refrenando su impaciencia, aguardó un cuarto de hora, podía haberse olvidado algo á doña Felipa y volver de improviso encontrándose aún cerca, por fin; persuadido de que su suegra futura se encontraría ya á buena dis-

tancia, muy encarnado, sobreponiéndose á su temblequeo nervioso y procurando aparecer indiferente entró en el portal, pasó con aplomo por delante de la portería y sin que advirtiera apenas la comadre que la ocupaba que subía un hombre á los pisos, y deteniéndose en los descansos, para serenarse, avistó la puerta del cuarto de Lola, se acercó de puntillas, se puso á escuchar por el ojo de la cerradura y no sintiendo dentro el rumor más mínimo, murmuró Miguelito Cruz desalentado: ¡no se oye nada!... ¿Qué hacer?... ¿Cómo iba á tirar de la campanilla para acusar su presencia?... ¡Era incomprensible semejante quietud!... Pues Lola bien le había visto llegar desde detrás de los cristales... Se le ocurrió pegar con los nudillos en la puerta; pero ¿y si salía la criada á abrir?... De pronto percibió un ruido metálico, ligero, chirrioso, que le obligó á levantar la cabeza; á través de los agujeros de cedazo de bronce del ventanillo vió descorrerse la tapa, asomar dos ojos *suyos*, conocidos, brillantes, con ese chispeo que no confunde

nunca el corazón, y oyó un acento cariñoso, el de Lola, que le preguntaba temblando, muy bajito:

—¿Hace mucho que estás ahí?

La voz de Lola, vibrando en el oído de Miguelito Cruz al cabo de tantos meses, le produjo un efecto inefable; sintió en el pecho como un rebosamiento de ternura; tuvo impulsos de arrodillarse delante del ventanillo, y con el rostro transfigurado por la luz sutil y tenue de la alegría replicó:

—¡Muy poco!...—Y añadió después: —¡Bendita seas por tu condescendencia; no sabes lo que anhelaba volver á oír tus palabras.

Entonces Lola, á través del ventanillo, respondió con un acento infiltrado de adoración infinita:

—¡No me bendigas tan ligero, que también lo he hecho por mí!... ¡Tenía ya unas ganas rabiosas de hablartel!...



CAPÍTULO XIV



Es una verdad venerable que el amor no puede permanecer escondido. Miguelito Cruz, lleno de la imagen de Lola, no vivía sino en el Viaducto, frente al balcón de su casa, ó en la meseta de aquel adorado piso tercero, charlando con su novia y convirtiendo el trozo de la escalera en algo como el rincón de un nido. El estudiante que era tragón, se tornó en desganado y le huyó el apetito voráz; fué enflaqueciéndose y chupándose; perdió el color sano de la adolescencia, disfuminándosele por el